

¡Extracción!
¡pretensión!

EXTRA A TERTIUM

Genetivus

~~Genetivus~~

For

Laetitia

Durante toda la representación la sala permanecerá completamente a oscuras.

Las decoraciones de los dos actos serán muy sencillas, acusando netamente los elementos arquitectónicos y con muy pocos adornos, como bastinadas que son a un pueblo de ciegos.

Los trajes de los personajes que actúan en la obra serán totalmente fantásticos y al arbitrio del decorador.

La escena representa el salón de una rica familia en el país
los platos. En dicho salón se encuentran varios señores, todos ellos
se tienen una pierna ancoxada, durante una o dos horas se sientan
en sus sillas. Entrará luego en el salón varias señoras y señores
y, todas mantas, agitando la cabeza brava.

PRIMER ACTO.

- Quiénes son estos señores que se tienen la pierna ancoxada?
Comerán la carne a mordiscos. Qué variedad. Porque está en la
cabeza a sostener el cuerpo. El oculto. Porque están
que los platos son...
de Caracante y lo dejan caer de su cabeza cuando el plato se cae,
para no verlos! Y luego, con tan poca gracia al comer. Me
muestran vivas movilizadas de la variedad de maneras de comer. Me
demonstran cómo se comen ricas y comidas iguales que los platos. Me
para animarlos! Me muestran implícitamente que la variedad de
de. Porque con la vida a tales momentos que no están en la
de aprender. Hombre que está haciendo a trabajar en la vida de
de. Señores señores, señores señores a las señoras de la mesa
por la armonía de nuestros movimientos, señores señores señores señores
los señores. Señores señores!

Un hombre.

- Porque que nos comamos.

Un señor.

- Me es la parte oculta. Andá con tranquilidad... Me es
tragedia. (El señor se sienta en su silla.)

Un hombre.

- Pero si seis señores que se tienen la pierna ancoxada!

PRIMER ACTO

La escena representa el salón de una rica hostería en el país de los ciegos. En dicho salón se encuentran varios hombres, todos cojos. Todos tienen una pierna encogida. Durante uno o dos minutos hablan entre ellos en voz baja. Entran luego en el salón varios hombres ricamente vestidos, todos mancebos, agitando su único brazo.

Un cojo.

- ¿Quiénes son estos pobres hombres que no tienen más que un brazo? Comerán la carne a mordiscos. Qué suciedad!. Porque ¿cómo con una mano van a sostener el tenedor y manejar el cuchillo?. Tampoco pueden balancear los brazos tan elegantemente como nosotros. Mueven su único brazo torpemente y lo dejan colgar de su cuerpo cual si fuese una cola. Qué pena da verlos!. Y luego, son tan poco graciosos al andar!. No tienen nuestros vivos movimientos ni la variedad de nuestras actitudes. Se mantienen sobre dos piernas rígidas y caminan igual que los muñecos. Oh, tiesura antipática!. Qué misterios inexplicables contiene la voluntad de Dios!. Porque dar la vida a estos monstruos que no andan como nosotros no se comprende. Hombres que están destinados a tropezar en todos los momentos!. Siquiera nosotros, acostumbrados a las desigualdades de la marcha por la armonía de nuestros movimientos, sabemos salvar con garbo todos los obstáculos. Pobres gentes!.

Un mancebo.

- Parece que nos compadecéis.

El cojo.

- No os lo puedo ocultar. Andáis tan torpemente.... No sé cómo os arregláis. (Al hablar anda cojeando exageradamente).

El mancebo.

- Pero si sois vosotros los que andáis haciendo reverencias!.

~~Otro cojo.~~

La escena representa el salón de una rica hacienda en el país
de México. En dicho salón se encuentran varias señoras, todas vestidas
con elegancia. Durante una de las escenas, algunas señoras
tienen una pluma encendida. Entrar luego en el salón varias señoras
en voz baja. Entrar luego, algunas señoras, algunas señoras.

Un señor.

— Señoras, son estas señoras que me dicen que me
conocen la carne a maravilla. Que se olvidó. Porque como son una
van a conseguir el sendero y manejar el comercio. Porque
con las señoras son elegantemente como señoras. Porque son
terceramente y lo dejan calar de su campo con el campo de la
una de varias. Y luego, son tan poco gustosas al punto de la
nuestras vidas moviéndose ni lo variedad de nuestras señoras. Se
van a señoras de señoras raras y con las señoras. Se
re antipático. Que misterio inexplicablemente se van a señoras
señoras dan la vida a estas señoras que se van como señoras
comprando. Señoras que están destinadas a trabajar en todas las
al. Señoras señoras, señoras señoras a las señoras de la
por la armonía de nuestras señoras, señoras señoras con señoras
las señoras. Porque señoras.

Un señor.

— Parece que nos compadecemos.
El señor.
— No se lo puede contar. Análisis tan sorprendente... Me es como
trágico. (Al hablar anda señalando exageradamente).
El señor.
— Pero si solo vosotros los que análisis bastante sorprendente.

Otro cojo.

- Tiene gracia!. Su ceguera es tanta que no ven sus defectos. Debilidades de los hombres!

Otro manco.

- Eso mismo pensaba de vosotros. Braceáis como las aspas de un molino y os enorgullecéis de tales aspavientos. Me maravilla que no acerbéis a daros cuenta de que os sobra un brazo.

El primer cojo.

-¿Cómo sobrar?. Decid más bien que os falta a vosotros.

El segundo manco.

- Qué obstinación!. Si el hombre no necesita más que un brazo, ¿por qué inexplicable aberración de la Naturaleza tenéis vosotros dos?.

El segundo cojo.

- O sois ciegos o tontos. Pues qué ¿no veis cómo un hombre completo debe tener dos piernas y dos brazos correspondiendo a ellas?.

El primer manco.

- En tal caso deberíais vosotros tener una de las ~~piernas~~ dos brazos encogido.

El primer cojo.

-¿Encogido per qué?.

El primer manco.

- Como tenéis la pierna.

El primer cojo.

- Pero ¿dónde habéis visto vosotros que en la Naturaleza se den cosas idénticas?. Precisamente nuestro mayor orgullo está en tener las piernas desiguales.

Otro manco.

- Sí, cada uno se enorgullece de aquello porque más tenía que callar.

El primer cojo.

- Sois un mal educado. No queréis reconocer vuestros defectos

tomáis como tales las virtudes de los demás.

El tercer manco.

- Estos danzantes se ponen insufribles!. Si no tenéis bastante resignación para vivir en una perpetua reverencia, sed corteses, al menos, que bien poco cuesta eso.

El primer cojo.

- Ah, ¿queréis darnos lecciones de cortesía, vosotros, que habéis sido los primeros en insultarnos?.

El tercer manco.

- Os hemos dicho la verdad.

El primer cojo.

(Dirigiéndose a los suyos).-Compañeros!. Mostremos a estos monstruos inciviles para qué sirve el tener dos brazos!.

(Se lanzan los cojos sobre los mancos, mostrando una cojera grotesca. Los mancos los esquivan y agitan en el aire violentamente su único brazo. Se arma una gran zalogarda llena de gritos).

Tencentén (apareciendo en la puerta).

-¿Qué barullo es éste?. Pero si es mi cortejo!. A ver!. Téngase todo el mundo!. (Los combatientes quedan quietos y mudos. Tencentén avanza mostrando una cojera mucho mayor que la de los otros). ¿Qué ha pasado?.

El primer cojo.

- Señor!. Estos hombres deformes nos han insultado y hemos debido defender la honra del pueblo de los cojos.

Un manco.

(A otro manco).-Toma!. Este parece ser su rey. Es mucho más cojo que los otros.

Tencentén.

- Pues ¿qué han dicho?.

El primer cojo.

- Se empeñan en que nuestro modo de andar no es el más gallardo

... las cosas tales las vivas de la boca.

El tercer canto.

— Estas danzas se hacen invariables. Si no cambia bastante
acción para vivir en una perfecta reverencia, así como, si no
que bien poco queda así.

El primer canto.

— Ah, cuando damos lecciones de coreografía, vestimenta, que hablan
las primeras en invariables.

El tercer canto.

— O sea como dice la verdad.

El primer canto.

(Dirigiéndose a los actores) — ¡Compañeros! ¡Hoy vamos a hacer
trava invariables para dar alivio al cuerpo del bailarín.

(Se levantan los actores sobre los bancos, haciendo una especie
de arco. Los actores se agachan y actúan en el aire violentamente en
el espacio. Se ve una gran silueta llena de luces.)

Tercer canto (apareciendo en la puerta).

— Que bonito es estar. Pasa al en el espacio. A ver. Tercer
canto. (Los bailarines quedan quietos y solos. Tercer canto
cuando una señora viene a ver que le va bien.) ¿Qué ha pasado?

El primer canto.

— Señor. Estas danzas de ahora nos han enseñado y hemos de
mantener la forma del pueblo de las cosas.

Un canto.

(A otro canto) — ¡Sí! Este canto es un rey. Es como una
de las cosas.

Tercer canto.

— ¿Qué ha pasado?

El primer canto.

— Se enseñan en los pueblos de ahora. Se enseñan en el espacio.

armonioso de todos y encima de no apreciar tan bella cualidad no reconocen como defecto suyo el tener sólo un brazo.

El segundo manco.

- Señor!. Permitidme que diga una palabra. Son ellos los que no tienen la ventaja de tener sólo un brazo y no quieren darse cuenta de que al andar, lejos de ser bello, causa risa y lástima.

El primer cojo.

- ¿Lo véis, señor?. No es posible llegar a una inteligencia con gentes tan contumaces.

El tercer manco.

- Quiso hablar el atún y se llenó la boca de agua.

Varios cojos.

- No se puede sufrir!. Ya empiezan a insultarnos otra vez!.

Unmanó (apareciendo en la puerta).

- ¿Qué sucede?. Desde lejos he oído ruido de pelea. ¿Por qué estáis tan acalorados?.

Los manceos.

- Señor!....

Un cojo.

(A otro cojo).- Este debe de ser el rey de los manceos. Es el más manco de todos.

Unmanó.

- Vamos, hablad!.

El primer manco.

- Hemos perfiado con estas pobres gentes....

Tencentén.

- ¿Cómo pobres?. Habéis de saber que todos ellos son dignatarios de la corte de Tencentén, el rey de los cojos, que es quien os habla.

Unmanó.

- Oh, perdonad, señor!. Si mis más fieles súbditos hubieran sa-

do que trataban con tan ilustres personajes los hubieran colmado de
tenciones. Los cortesanos de Unmanó, rey de los mancos, que en este mo-
mento os dirige la palabra, saben portarse dignamente en todas ocasiones
sólo alguna mala inteligencia....

Tencontén.

- Me veo muy honrado con hacer vuestro conocimiento y lamento
también que, en efecto, esa mala inteligencia de que habláis haya hecho
llegar a las manos a nuestros mejores servidores.

Unmanó.

- Y ¿cuál era la causa de que no se entendieran?.

Tencontén.

- Vuestros súbditos estaban empeñados en tomar como defecto nues-
tro artístico modo de andar.

Unmanó.

- En eso no se equivocaban.

Tencontén.

- Cómo!. ¿También vos?....

Unmanó.

- Pero si está a la vista!

Tencontén.

- Lo que está a la vista es vuestra rigidez al dar un paso y so-
bre todo, el no tener más que un brazo solamente.

Unmanó.

- Ya veo que a mis súbditos les sobraba razón. Vosotros veis la
paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

Tencontén.

- Pero si la razón está de nuestra parte!. Sois vosotros los que
veáis la viga en vuestro ojo y no veis la paja en el ajeno.

Unmanó.

- Me dais lástima.

Tencentén.

- Y a nosotres vosotres.

Unmanó.

- Pero conste que mis excusas eran tan sólo cortesía. Reconozco que mis súbditos tenían derecho a quejarse de los vuestros.

Tencentén.

- No sé cómo voy conteniéndome. Dad gracias a que es considerado válido....

Unmanó.

- ¡Qué dice?. Nadie hasta ahora se atrevió a ofender a Unmanó. Merecéis una satisfacción.

Tencentén.

- Tampoco Tencentén fué ofendido por nadie hasta que habéis llegado. Sois vos quien debe reparar....

Unmanó.

- Esta es la reparación que merecéis!.

(Se arroja sobre Tencentén agitando violentamente su brazo. Tencentén se escabulle dando saltos grotescos hasta que es atrapado por Unmanó. Pero Tencentén, con una mano sujeta el brazo de Unmanó y con la otra le pega en la cabeza. Entretanto, los cojos y los mancebos se traban reñir lo más grotescamente posible).

Bulgipón (que aparece en la puerta con su cortejo. Son todos jorobados y el que más, Bulgipón).

- ¡Qué zarabanda es ésta?. Teneos todos y respetad la presencia de Bulgipón, rey de los jorobados y la de su cortejo!. (Todos cesan en la marcha).

- ¡Compañero Bulgipón!

Humano.

- Me dais lástima.

Teniente.

- Y a nosotros vosotros.

Humano.

- Pero cuando que mis amores eran tan sólo vosotros. ¿No os acordáis?

- Yo también os acordaba a vosotros de los momentos.

Teniente.

- No sé cómo voy contentándose. Dad gracias a que es constante.

de...

Humano.

- ¿Qué dice? Nadie hasta ahora se atrevió a hablar a humano. Me

una satisfacción.

Teniente.

- También teniente los olvidado por nadie hasta que nadie me

deja ver quien debe reparar...

Humano.

- Esta es la reparación que necesitáis.

(Se arroja sobre Teniente gritando violentamente su frase. Ten-

te se escandaliza dando saltos grotescos hasta que es atrapado por un

sero Teniente, con una mano sujeta el brazo de Humano y con la

otra mira en la cabeza. Entretanto, los ojos y los brazos se tratan

de la más grotescamente posible.)

Balibón (que aparece en la puerta con un cartel. Son 22

los Jerabodes y el que más, Balibón.)

- ¿Que hablando es ésta? Tanca todos y respetad la presencia de

en, rey de los Jerabodes y la de su consorte. (Tócanos como en la

Unmanó (que ha conseguido zafarse de Tencontén).

- Me las pagaréis!. Os declaro la guerra.

Tencontén.

- Y yo también. Nos veremos las caras. Os van a faltar brazos.

Unmanó.

- Y a vosotros piernas.

Tencontén.

- ¿Para qué?.

Unmanó.

- Para huir más deprisa.

Tencontén.

- Tamaño insulto!.... (Quiere arrojarse otra vez sobre Unmanó).

Bulgipón.

- ¿Pero a tal punto ha llegado vuestro furor que no acertáis a respetar la presencia de un rey?.

Tencontén.

- Yo también soy rey y ved cómo me tratan.

Unmanó.

- Y yo no lo soy menos.

Bulgipón.

- Cómo!. ¿Y así rebajáis la majestad de vuestra realeza?.

Tencontén y Unmanó. (A la vez).

- Oídme!. Escuchad!. Yo os contaré.... La cuestión fué....

Bulgipón.

- Calmaos, ilustres compañeros!. Hablad uno tras otro porque si no, será imposible que nos entendamos. Vamos!. Deponed vuestras iras y exponed tranquilamente vuestras quejas. Permitid que por mi mediación vuelva la calma a vuestro espíritu. Estoy acostumbrado a hacer justicia estricta. (A Tencontén). Hablad primero vos, que parecéis tener más años.

Tencontén.

- Compañero Bulgipón!. Espero que, sólo con oírme, me daréis lá

- Compañero Belgión! Espero que, sólo con otras, se dirá
 (A Tencenán). Hablad primero vos, que parecéis tener más
 que simplemente vuestras palabras. Xaralid que por la relación
 con las palabras que nos entendamos. Vuestro. Deponed vuestras
 palabras, tres compañeros! Hablad vos tres otro por me
 - Ojalá! Esperad! Yo os contare... La cuestión fue...
 - Génel! Y así rebajáis la majestad de vuestro reflexo?
 Belgión.
 - Yo no lo soy nunca.
 Unano.
 - Yo también soy y ved cómo me tratan.
 Tencenán.
 de la presencia de un rey?
 - Pero a tal punto ha llegado vuestra fiera que no aceptáis a
 Belgión.
 - También invidio!... (Quiere apretarse otro vez sobre Unano).
 Tencenán.
 - Pays más sus garzas.
 Unano.
 - Pays qué?
 Tencenán.
 - Y a vuestras palabras.
 Unano.
 - Y yo también. Nos veremos las caras. Os van a dejar Unano.
 - Me las pagaréis! Os dejaré la guerra.

zón.

Unmanó.

- Desde luego!. Si no me oye a mí....

Tencontén.

- Vais a ver. Se encontraban pacíficamente en esta habitación
s cortesianos cuando estos desgraciados....

Unmanó.

- Reparad, señor, que nos está insultando.

Bulgipón.

- Así no acabaremos nunca. Dejad hablar al ilustre Tencontén y
después lo haréis vos.

Tencontén.

- Pues sí, señor. Cuando estos desgraciados penetraron en la es-
tancia dieron en la flor de burlarse de aquello que precisamente cons-
tituye nuestro orgullo mayor: de nuestra variada y armoniosa andadura.
Esto, ya de por sí, merecía castigo. Pero es tan extremada su desfacha-
z que pretendían pasar como perfectos mostrando su manquera y achacando
a deformidad la posesión de nuestros dos brazos. Mis cortesianos y yo
ismo, no pudiendo soportar la ciega estupidez de los mancos, tuvimos
que imponerles el condigno castigo. Juzgad, pues, si tenemos razón.

Bulgipón.

- Hablad ahora vos, distinguido Unmanó.

Unmanó.

- Pocas palabras. Conque toméis a la inversa todo lo que el rey
e los cojos acaba de decir hallaréis la verdad. Fueron ellos los que
os insultaron y no quisieron reconocer lo que es tan evidente.

Bulgipón.

- ¿Qué?

Unmanó.

- Que los hombres perfectos no tienen más que un brazo y que

- Que las mujeres perfectas no tienen más que un brazo y que

- ¿Qué?

Unamán.

Baligán.

... y no quisieron reconocer la que es tan evidente.
... cojas acaba de decir hallarla la verdad. Por eso ellos las que
... Poco a palabras. Como le teméis a la inversa todo lo que el rey

Unamán.

- Hablad ahora vos, distinguido Unamán.

Baligán.

... exponeréis el camino sencillo. Imaginad, pues, al hombre perfecto

... no pudimos saber la idea estúpida de las manos, levamos
... la propiedad la posesión de nuestros dos brazos. Mis costuras y yo
... ya de por sí, quería sencillo. Pero es tan expresada en detalles
... a nuestro espíritu mayor; de nuestra variedad y armonía sencillas.
... a dieron en la flor de parlarse de aquella que precisamente debe

- Pues sí, señor. Cuando estas resplandecientes penetraron en la es-

... la lo haréis vos.

Tamcentén.

- Así no separamos nunca. Dejad hablar al ilustrado Tamcentén y

Baligán.

... Reportad, señor, que nos estáis insultando.

Unamán.

... y cuando estas se vanadas...

- Vais a ver. Se encuentran pacíficamente en esta habitación

Tamcentén.

- Desde luego. Si no se oye a mí...

Unamán.

to vale ser cojo como ser contrahecho.

Tencontén.

- Lo veis, señor!.... No hay remedio para su ceguedad.

Bulgipón.

- Bien. Hay bastantes elementos de juicio. El fallo ha de ser il y espero que ambos quedaréis satisfechos. Tenéis y no tenéis razón.

Tencontén.

- Pues es claro. Yo la tengo y Unmanó no la tiene.

Unmanó.

- Y tan claro!. Yo la tengo y Tencontén no la tiene.

Bulgipón.

- No me habéis entendido. Sois los dos quienes tenéis y no tenéis ón.

Tencontén.

- No le entiendo.

Unmanó.

- N-i yo.

Bulgipón.

- Me explicaré. Los mances dicen bien cuando toman como defecto cojera.

Tencontén.

- ¿Cómo?.

Bulgipón.

- Y los cojos se encuentran en lo cierto cuando toman como de to la manquera.

Unmanó.

- ¿Qué dice?.

Bulgipón.

- Sino que es propio de hombres el no reconocer sus propias fal- y es preciso que otros más perfectos se las hagan ver. Así nosotros, e nos vemos libres de esas lamentables deformidades que yo soy el pri-

- Sí que se propie de nombres el no reconocer sus propias fal-
tas precisas que otros más perfectos se las hacen ver. Así nosotros
las vemos libres de esas famosas deformidades que se son el pri-

- ¿Qué dice?
Urmas.
- Y los ojos se encuentran en la cierta mirada tan con de-
Baligón.
¿Cómo?

- Me explican. Les parece bien cuando toman como de-
Baligón.
- N-i-ya.
Urmas.
- No lo entiendo.
Tenección.

- No se habla entiendo. Solo los dos pulcra tanta y no tanta
Baligón.
- Y tan claro. Yo la tengo y Tenección no la tiene.
Urmas.
- Pues es claro. Yo la tengo y Urmas no la tiene.
Tenección.

- Bien. Hay palabras elementales del idioma. El tallo de la
espato que antes quedaba satisfecho. Tanto y no tanto
Baligón.
- La veis, señores!... No hay remedia para su estado.
Tenección.

vale ser como ser contrahido.

o en compadecer....

Un cojo.

- Pero este no se puede soportar!. Q-ue un jerebeta venga a cri-
arnos creyéndose el hombre irreprochable....

Un mance.

- Alisaos la espalda antes de hablar!

Bulgipón.

- Ahora podréis ver cuán sabio era mi fallo. No veis vuestros de-
tos y tonáis como tales las más preciadas cualidades de los demás.

Unmanó.

- ¡Cualidad una jiba?.

Bulgipón.

- De las más estimables. Ved cuánta majestad da a nuestro conti-
nte. (Se pasea pavoneándose).

Tencontén.

- Pero si parecéis un nabo que anda!.

Unmanó.

- Linda figura!. Se diría que queréis abrigar vuestra cabeza de
s vientos del norte..

Bulgipón.

- Os compadezco. Es natural la envidia en unos infelices centra-
chos como vosotros.

Unmanó.

- Qué, ¡también nos insulta?. Yo ya no aguanto más.

Tencontén.

- Ni yo. Démosle una lección. Duro a los jerebetas!.

† (Mances y cojos, exagerando sus movimientos, se arrojan sobre
s jerebados. Estos repelen la agresión empujándolos con sus jerebas.
la lucha, uno de los cojos, que ha conseguido hacer presa en una jero-

forcejea y la arranca. Bulgipón, que ve esto, sigue peleando y derri-
a Tencontén de un jorobazo mientras dice: Jibefín, no te desconsueles!
s dado tu más hermoso adorno por la patria y yo te lo recompensaré.
de hoy eres general de inválidos!).

El hostelero (que aparece con Lapoló en la puerta. Es medio
ego y avanza lentamente).

- ¡Qué ruido es éste?. Parece que mis huéspedes ríen. Pongamos
z, que va en ello mi dinero. (A Lapoló). Ayúdame, señor!.

Lapoló.

- Con mucho gusto. Pero qué extrañas gentes!. Si no hay uno bien
cho!. ~~Repertaes~~ Repertaes, señores!. (Metiéndose entre todos). Todos pa-
céis personas distinguidas y es lamentable que deis este espectáculo.
mos, tranquilizaes!.

(Poco a poco va cesando la lucha y, por fin, los contendientes
separan, quedando agrupados separadamente cojos, manceos y jorobados,
e se miran rencorosamente y se echan bufidos amenazadores).

Bulgipón.

- Hubiera dado buena cuenta de todos!.

Tencontén.

- Soñaba el ciego que veía....

El hostelero.

- Hay sueños idiotas.

Tencontén.

- ¡Per qué lo decís?.

El hostelero.

- ¡Para qué se quiere ver con claridad?. Cuánto mejor es vivir en
esta dulce semiobscuridad que da a todas las cosas el encanto del miste-
lo!.

Tencontén.

- Empiezo a sospechar si me habré vuelto loco.

Unmané.

- Otro tanto me pasa a mí.

Lapeló.

- ¿Y qué es ello?

Tencontén.

- ¿Pero no veis que van apareciendo hombres distintos que creen haber otro mundo perfecto que el de su propia imperfección?

Lapeló.

- Es muy humano.

Tencontén.

- Ya lo veo. Los mancos no reconocen su manquera, los jorobados joroba ni los ciegos su ceguedad. Y estoy seguro de que ninguno de los aprecia, sobre todo, su mayor defecto.

Lapeló.

- ¿Cuál?

Tencontén.

- El tener las dos piernas iguales.

Unmané.

- No. Dos brazos.

Bulgipón.

- De ninguna manera!. La espalda lisa como una tabla.

El hostelero.

- Ca!. Soportar la brutal luz del sol.

Bulgipón.

- No hay modo de entenderse. Algo sucede aquí que nos confunde a

Lapeló.

- Naturalmente. No admitís que haya otros hombres perfectos que nosotros. Y el mundo es más complejo de lo que podéis figuraros. Para

... Y el mundo es más completo de lo que parece a simple vista. Naturalmente. No estáis que haya otros mundos perdidos que
No hay modo de enfrentarse. Algo sucede aquí que nos conmueve
Gal. Reportar la brutalidad del así.
El hostilero.
De ninguna manera! la española llora como una niña.
No. Dos frases.
Unánime.
El tener las dos frases iguales.
Tercerón.
¿Cuál?
Lafala.
agresiva, sobre todo, en mayor medida.
Esa ni los ojos se cerraban. Y estoy segura de que ninguno de
los hombres no reconocen en ninguno, los jirafinos
Lafala.
er otros mundos perdidos que el de su propia imperfección.
Lafala.
- Pero no veis que van apareciendo hombres distintos que creen
- Y que es así?
Lafala.
- Otro tanto se pasa a mí.
Unánime.
- Explicare a responder al me habré visto las
Tercerón.

todos sois anormales.

Tencentén.

- ¿Y tú eres el perfecto?

Lapoló.

- Por lo menos, el menos imperfecto de todos.

Bulgipón.

- Extraña pretensión!

Unmanó.

- Inexplicable!

Tencentén.

- Absurda!

El hostelero.

- Inverosímil!. (Como excusándose). Señor!....

Tencentén.

- Vamos!. Anda con la elegancia que nosotres. (Se pasea por el escenario exagerando su cojera).

Unmanó.

- Presenta una figura tan esbelta como ésta. (Se pasea igualmente haciendo jeribeques con su brazo).

Bulgipón.

- Prepárate una almohada tan cómoda y tan pronta. (Se echa en él y se acuesta sobre su jereba).

El hostelero.

- Señor!.. ¿Podréis guiarnos por la noche como nosotres?

Lapoló.

- Pero si es que vivís en una pura contradicción!. Lo que tomáis por belleza es precisamente todo lo contrario.

Tencentén.

- No hay modo de entenderse.

Lapoló.

- Naturalmente!. Y mejor es dejarlo. Llegaríamos a reñir todos

ra vez.

Bulgipón.

- Sí. No hemos de convencernos.

Lapoló.

- Vamos a hablar tranquilamente de otras cosas. ¿Puedo saber a qué se debe la fortuna de encontrarse aquí juntos tan altos y distinguidos personajes?

Tencontén.

- Yo he venido en calidad de pretendiente.

Unmanó.

- Y yo.

Bulgipón.

- Y yo.

Lapoló.

- Y podría saberse lo que pretendéis?

Tencontén.

- Yo la mano de la princesa Libelina.

Unmanó.

- Y yo.

Bulgipón.

- Y yo.

Lapoló.

- ¿La dueña de este reino de los ciegos en el cual nos encontramos?

Tencontén.

- Esa misma.

Lapoló.

- Vamos!. No dirá que le faltan pretendientes. Va a ser difícil la elección.

Unmanó.

- ¿Y vos?

Belgisch

- Et. Ne vous de souvenez pas.

lapole

- Vous a habitier tranquillement de chez vous. Prenez garde a

ce que la femme de chambre a dit. Faites bien attention a

Tenent

- Yo he venido en calidad de presidente.

Unans

- I ye.

Belgisch

- Y ye.

lapole

- Y podria saberse la que querian.

Tenent

- Yo la mano de la princesa Lipolina.

Unans

- Y ye.

Belgisch

- Y ye.

lapole

- La duena de este reino de los cielos en el cual has encontrado

Tenent

- Es misma.

lapole

- Vuestro. Me da que la reina querian. Yo a ser dife

Unans

- Y ye.

Lapoló.

- Pues me cabrá el honor de entrar en concurrencia con vosotros. También he venido al concurso.

Unmanó.

- Aunque ya el noble continente os denuncia, ¿me permitiréis presentarnos quién seís?

Lapoló.

- El rey de los hombres que no tienen nada de particular.

Tencentén.

- Entonces, nos hemos reunido cuatro reyes.

Bulgipón.

- Justamente.

Lapoló.

- ¿Y se sabe en qué han de consistir las pruebas?

Tencentén.

- Es cosa que no me preocupa. (Aparte) Sobre todo, después de haber visto lo deformes que son mis contrincantes.

Unmanó.

- Tampoco yo he pensado en ellas. Espero, sin embargo, que los reyes, cuyo defecto les impide apreciar nuestra hermosura, tratarán de someternos a pruebas extraordinarias. Pero yo no dudo de salir victorioso.

Tencentén.

- Ni yo.

Bulgipón.

- Ni yo.

Lapoló.

- Los tres es imposible. Pero así podrá enorgullecerse más el que triunfare. Las voces de la fama han esparcido por el mundo entero la sin par hermosura de la princesa Libelina.

Tencentén.

- Bah!. No es coja.

- ¡Basta! No se está.

Teniente.

... de la princesa italiana.

... las veces de la luna por el mundo entero lo sin

... los tres se impide. Pero así podrá ser el que

Lepido.

- Ni yo.

Salvador.

- Ni yo.

Teniente.

... a pruebas extraordinarias. Pero ya no debe de salir victorioso

... cuyo delante las lagunas que nos rodean, y a través de

... También yo he pensado en ellas. Espero, sin embargo, que las

Unano.

... Este le dolerá que sea sus contraindicaciones.

... La cosa que no me preocupa. (Agarra) Dame todo, ¿verdad?

Teniente.

... ¿Y se sabe en qué han de consistir las pruebas?

Lepido.

- ¡Bastante!

Salvador.

... Entonces, ¿nos hemos reunido cuatro veces.

Teniente.

... - Si soy de las mujeres que no tienen nada de particular.

Lepido.

... ¿quién estas?

... - Aunque ya el nombre realmente es femenino, ¿no pensaría que

Unano.

... también he venido al encuentro.

... - Pues me parece el honor de entrar en contacto con vosotros.

Lepido.

Unmanó.

- Ni manca.

Bulgipón.

- Y no tiene jerocha.

Lapoló.

- Pero entonces, ¿por qué la pretendéis?.

Tencentén.

- Yo, francamente, por las riquezas de su reino.

Unmanó.

- Y yo.

Bulgipón.

- Y yo.

Lapoló.

- Ah, vamos!. El dinero no es cojo, manco ni jerebado.

Tencentén.

- Ciertamente. En eso no cabe discusión.

Lapoló.

- Bien. Pues mañana veremos lo que los ciegos nos preparan y a
quién elige la princesa.

Tencentén.

- Sí, mañana lo veremos.

Lapoló.

- Hasta mañana, pues.

Todes.

- Hasta mañana. (Se va cada cortejo por su lado).

TELON.

Fin del primer acto.

- Al señor

- Y me tiene

lápida

- Pero entonces, ¿por qué la prefirió?

Teniente

- Yo, francamente, por las ideas de su reino.

lápida

- Y yo.

lápida

- Y yo.

lápida

- Ah, vamos. El dinero no es todo, ¿verdad?

Teniente

- Ciertamente. En eso no cabe discusión.

lápida

- Bien. Pero ahora veremos si que las ideas son buenas y

elige la primera.

Teniente

- Si, señora la señora.

lápida

- Hasta mañana, pues.

Teniente

- Hasta mañana. (Se va cada cuerpo por su lado).

FIN

Fin del primer acto.

Respetación de plaza pública. Al fondo un gran estrado con un
te y bajo él una tribuna. En ésta varios hombres con una banda adornada
una les tapa un ojo. A los lados del estrado multitud de gentes con
las adornadas que les tapen los dos ojos, de tal suerte que algunas de
adornas coincide con los ojos y les permite ver a través de la banda.
Entre el estrado y los lados, dos bancos por donde han de en-
y salir los personajes.

EL SEGUNDO ACTO. (Contando).

— Ya se acerca la hora en que nuestra princesa Libertina deberá
de probar a todos los que quieren ser su esposo. ¿Quién es el vencedor?
Decídmelo vosotros, que ya los habréis visto. ¿Será como nos
esperamos?

Los cuatro de la tribuna del estrado. (Contando).

— Hasta ahora son cuatro. Pero ninguno de ellos se parece a vos-
tro. Son todos defectuosos.

El pueblo. (Contando).

— Oh, desgraciados! ¿Y cómo van a pretender gobernar el pueblo de
ciertos? Van a chucar de nuestra monarquía.

Los cuatro. (Contando).

— No es suficiente con tales pretensiones. La voluntad de la
princesa Libertina será escoger a aquel que más convenga a sus
intereses. Recordad además que el ya difunto rey, padre de la princesa,
hizo el defecto de ver con sus dos ojos y su gobierno bien, a pesar de
ello.

El pueblo. (Contando).

— Es cierto, es cierto. Pero ¿cuánto más nos acordaría de él
siempre? Eso de estar con los ojos por dentro defectuosos...

ORDA OMBUDZA

Decoración de plaza pública. Al fondo un gran estrado con un
mo y bajo él una tribuna. En ésta varios hombres con una banda adorna-
que les tapa un ojo. A los lados del escenario multitud de gentes con
das adornadas que les tapan los dos ojos, de tal suerte que alguno de
adornos coincida con los ojos y les permita ver a través de la banda.

Entre el estrado y los lados, dos huecos por donde han de en-
r y salir los personajes.

El pueblo. (Cantando).

- Ya se acerca la hora en que nuestra princesa Libelina someterá
las pruebas a todos los que quieran ser su esposo. ¿Sabéis si vienen
ellos?. Decídnoslo vosotros, que ya los habréis visto. ¿Serán como nos-
otros?.

Los tuertos de la tribuna del estrado. (Cantando).

- Hasta ahora son cuatro. Pero ninguno de ellos se parece a vos-
otros. Son todos defectuosos.

El pueblo. (Cantando).

- Oh, desgraciados!. ¿Y cómo aun pretenden gobernar al pueblo de
ciegos?. Van a abusar de nuestra mansedumbre.

Los tuertos. (Cantando).

- No os entristezcáis con juicios prematuros. La prudencia de la
princesa Libelina sabrá escoger a aquel que más convenga a sus
reales. Recordad además que el ya difunto rey, padre de la princesa,
padece el defecto de ver con sus dos ojos y es gobernó bien, a pesar de
ello.

El pueblo (Cantando).

- Es cierto, es cierto. Pero cuánto más nos agradaría obede-
cer a un ciego!. Eso de estar mandados por hombres imperfectos!....

Los tueros. (Cantando).

- Callad, callad!. La princesa se acerca. Recibidla con el acobrado júbilo.

(Entra la princesa por el hueco de la izquierda, seguida de su teje. Todos se acomodan en el estrado).

El pueblo (cantando).

- Paz y felicidad a la princesa Libelina!. Bienvenida seáis, ama-soberana!. Vuestros fieles vasallos os saludan y ~~se~~ desean por ellos y vos que acertéis por completo en vuestras decisiones.

La princesa (saludando y sin cantar).

- Adiote pueblo mío!. Os agradezco vuestras efusiones y os ade-to que mis dignatarios han estudiado bien las pruebas que han de de-ir la elección. Que empiece el acto!.

(Se levantan dos tueros que salen y vuelven a entrar guiando a uno a varios hombres ciegos. Los primeros llevan un biombo fuerte cuyo centro hay practicado un agujero del diámetro del tronco de un bre normal. Los segundos transportan un caballete alto del que cuelga anilla y a unos ochenta centímetros de ella, un hilite fino con una tija colgada de él. Penen el biombo a la derecha del espectador y el allete a la izquierda. Esta escena, hecha con parsimonia y solemnidad, de ir acompañada musicalmente de una marcha cuyos motivos sean la ce-ta, la manquera y las jorobas).

El pueblo (cantando).

- Decidnos lo que hacen.

Los tueros (cantando).

- Están preparando los medios ideados por los más altos funciona-

Las lecciones (continuando)

-Dadas, calladas, la primera es de la historia de la vida de la...

(Después de haberse leído el libro se le preguntó a los alumnos que...

El profesor (continuando)

-En y se refirió a los siguientes libros: El mundo de los...

de la historia (continuando)

-Algunos puntos más. En algunos casos se refirió a los libros...

(Después de haberse leído el libro se le preguntó a los alumnos que...

El profesor (continuando)

-Después de que...

Las lecciones (continuando)

-En esta oportunidad las lecciones fueron...

s de la Corte para elegir al que ha de ser rey de los ciegos.

La princesa (sin cantar).

- Dad la señal para que mis pretendientes acudan a la prueba.

Los tuertos (se ponen de pie y gritan cantando).

- Acudid los que aspiráis a la valiosa mano de la grande y poderosa princesa Libelina!. Las pruebas os aguardan!.

(Entra Tencontén seguido de su cortejo. Todos cojean a compás encontén, más que los otros).

El pueblo (cantando).

- ¡Quiénes son los que vienen?. Se oye un acompasado golpear.

Los tuertos (cantando).

- Es el famoso Tencontén con su cortejo. Avanzan majestuosamente con su peculiar contoneo van mostrando claramente cuán notable es el palo de los cojes.

Tencontén y los otros dan la vuelta saludando a la princesa.

El pueblo (cantando).

- Pero decidnos cómo son.

Los tuertos (cantando).

- Ahora mismo. Vosotros os habéis tocado las piernas y sabéis las podéis poner a voluntad derechas o encogidas. Tencontén y los otros hacen eso mismo con una de sus piernas, mientras llevan la otra siempre recogida.

El pueblo (cantando).

- Pues que la estiren.

Los tuertos (cantando).

- No lo pueden hacer.

El pueblo (cantando).

- ¿Y sus ojos no ven como los nuestros?

Los tuerres (cantando).

- Sí ven. No son ciegos.

El pueblo (cantando).

- Oh desencanto!. ¿Cómo habéis consentido que esos hombres defor-
mados hayan pedido tomar parte en ~~las~~ pruebas?. No quisiéramos que fuese
vuestro rey un ~~hombre contrahecho~~ hombre contrahecho.

Tencontén (sin cantar).

- ¿Qué murmuran estos desgraciados?. Aguardaos un poco. Que pasadas
pruebas y yo nombrado rey ha de faltarme tiempo para meteros en cin-
ta. (Tencontén y los suyos se colocan a un lado del escenario).

Los tuerres (cantando).

- Ya se acerca otro pretendiente!. Es el digno Unmanó, que viene
con su séquito. (Entra Unmanó con su cortejo. Todos agitan con exagera-
ción y unánimemente su único brazo. Pasean por el escenario, saludan a
la princesa y se colocan junto a Tencontén y los suyos).

El pueblo (cantando).

- ¿Cómo son?. ¿Cómo son?. Explicádnoslo.

Los tuerres (cantando).

- Es muy fácil. Vosotros tenéis dos brazos y dos manos en ellos.
Unmanó y los suyos no tienen más que un brazo y, desde luego, nada
que una mano.

El pueblo (cantando).

- ¿Y son ciegos?.

Los tuerres (cantando).

- No. Ven con sus dos ojos.

El pueblo (cantando).

- Qué desgracia!. Ver las cosas en toda su crudeza!. Pobres gen-
tes. Y luego mancebos!. Respetemos la voluntad de Dios que crea tales

Y luego bancesal. Respóndeme la veintena de Diez que eres talis
- Qué herxosital. Ver las cosas en todo en crederas. Pórtame con
- El quobis (contando).

- No. Ven con sus ojos.
- Las tuerzas (contando).

- Y van alegany.
- El quobis (contando).

de una mano.
- Es muy tébil. Vosotros tenéis las brazos y los manos en ellas.
- Las tuerzas (contando).

- Qué son? Explicátemelo.
- El quobis (contando).

inmensa y se colocan [entre a Tenconán y las aguas].
- Unminimamente en dicho brazo. Pasaron por el esoterio, salieron a
- bédulo. (Entre Unamé con un cartajo. Todos están con sus
- Yo he acordado este procedimiento. Es el único Unamé que viene
- Las tuerzas (contando).

(Tenconán y las aguas se colocan a un lado del esoterio).
- Vos y yo nos vamos a la izquierda para estar en el
- Unamé y las tuerzas (contando).

- Que ninguno entre los tuerzas. Agradecer un poco. Los brazos
- Tenconán (sin contar).

o soy un ~~...~~ hecho contrario.
- Un pedida tanto parte en ~~...~~ No pidiéramos que fueran
- Or bancesal. Que no pidiéramos que esas tuerzas fueran
- El quobis (contando).

- Si ven. Me van a dar.
- Las tuerzas (contando).

- Y sus ojos se ven como los herxosital.
- El quobis (contando).

instruos y condolámonos ~~de~~ de esos infelices. Y esperemos también
se salgan derrotados en las pruebas.

Unmané (sin cantar).

- Cóno! Qué dicen?. Parece que nos tienen compasión. Un poco de
ciencia, que el resto corre por mi cuenta. Ya os diré yo quién es Un-
mán!

Los tuertos (cantando).

- Ahora acude el tercer pretendiente: Bulgipón el magnífico.

(Entra Bulgipón con su cortejo, mostrando orgullosamente sus jo-
bas. Dan la vuelta y saludan a la princesa, como los demás, y se colo-
nan al otro lado del escenario, frente a Tençentén y Unmané)

El pueblo (cantando).

- Oh, contadnos, contadnos cómo es!

Los tuertos (cantando).

- Ya no es tan fácil. ¿Quién de vosotros no ha perdido una rueda
la ha palpado y reconocido con sus manos?. Pues como grandes ruedas
se anduvieran sobre sus raíces son el erondo Bulgipón y todo su cortejo.

El pueblo (cantando).

- ¿Tienen, entonces, muy grande la cabeza?.

Los tuertos (cantando).

- Mejor sería decir que tienen dos cabezas, una que les sale del
pecho y otra de la espalda. Esta última debe de ser muy delicada, pues
la llevan cubierta por completo.

El pueblo (cantando).

- Decidnos si son ciegos.

Los tuertos (cantando).

- No. Tienen a gala el ver. Van mirando orgullosamente a todos

ados.

El pueblo (cantando).

- ¿Per qué, Señor, la mala suerte nos persigue?. ¿Vais a permitir un pueblo tan feliz y glorioso como el nuestro vaya a parar a las añas manos de un hombre contrahecho?

Bulgipón (sin cantar).

- ¿Qué hablan estos infelices?. Cieguecitos a mí!. Os voy a jere- a palos en cuanto sea vuestro rey.

Los tuertos (cantando).

- Ahí viene el cuarto pretendiente.

El pueblo (cantando).

- ¿Es tan lisiado como los otros tres?.

Los tuertos (cantando).

- No. Tante no. Su único defecto consiste en no ser ciego. En lo demás es igual que cualquiera de vosotros.

El pueblo (cantando).

- Menos mal. Pero no hay dicha completa. Si saliera vencedor de pruebas tendríamos que obedecer a un hombre criado en la dura claridad de las cosas vistas en su completa desnudez. Sería incapaz de apreciar la dulzura del mundo en que vivimos y nos haría sufrir mucho. Se- que salgan todos derrotados!

Lapoló (que ha entrado entretanto y después de saludar a la princesa se ha colocado con sencillez junto a Bulgipón). (Sin cantar).

- Pobres gentes!. Tienen miedo de todo el que no es como ellos. temáis!. Al lado de la princesa Libelina no puede existir el sufrinte.

(Toda la escena de la entrada de los pretendientes puede ir acompañada de una marcha musical cuyos motivos recordarán los de la escena en que se colocan los instrumentos de las pruebas).

Los dos tuerces-heraldos que han gritado al principio.

(Cantando).

- Señora!. Todos los pretendientes están ya reunidos y las pruebas dispuestas.

~~Bienvenidos a todos~~ La princesa (sin cantar).

- Bien. Anunciad ahora lo que deberá hacer cada uno de los pretendientes para ganar mi mano.

Los dos tuerces (cantando).

- Escuchad!. Cada uno de los aspirantes ha de salir airoso de esas pruebas: la primera consiste en bailar sobre una pierna, alternando los pies, al son que cante el pueblo.

Tenentén (sin cantar).

- Esto se ha puesto así pensando en mí.

Los dos tuerces (cantando).

- Para vencer en la segunda prueba se deberá pasar el cuerpo al través del agujero de ese biombo.

Bulgipón (sin cantar).

- Cómo!. Y mi joroba?.

Los dos tuerces (cantando).

- Finalmente, el que saliere vencedor en la tercera prueba obtendrá la codiciada mano de la princesa Libelina. Para ello hay que colgar de la anilla que ahí veis y así colgado, coger la sortija pendiente poco más allá. Esa sortija es la alianza matrimonial de la princesa.

Unmanó (sin cantar).

- Pues me han fastidiado!.!Cómo voy a hacer yo eso?.

Los dos tuerces (cantando).

(Dirigiendo la voz en todos los sentidos).-Eh, eh, eh, eh!.

Las pruebas van a comenzar. Avanzad, Bulgipón el magnífico, ya que sois quien presenta más respetable aspecto.

Bulgipón (sin cantar).

(Colocándose en el centro del escenario).-Cuando gustéis!.

Los dos fuertes-heraldos que han gritado al principio.
(Cantando).
- Señores! Todos los pretendientes están ya reunidos y las pro-
puestas.
- Bien. Anunciad ahora lo que habéis hecho cada uno de los pro-
puestas para ganar al mano.
Los dos fuertes (cantando).
- Respondo! Cada uno de los aspirantes ha de salir al paso de
propuestas: la primera consiste en bailar sobre una pizarra, alforfanda
así, al son que canto el pueblo.
Tercerón (sin cantar).
- Este se ha queste al pensante en mí.
Los dos fuertes (cantando).
- Para vencer en la segunda prueba se deberá pasar el cuerpo al
por el agujero de ese bloque.
Buligón (sin cantar).
- ¿Cómo! Y al tercero?
Los dos fuertes (cantando).
- Finalmente, el que saliere vencedor en la tercera prueba será
codificado como de la princesa libelina. Para ello hay que colgar
la anilla que así veis y así colgado, coger la sencilla penitencia
de una alia. Las escritas es la alianza matrimonial de la princesa.
Unano (sin cantar).
- Pues se han fortalecidos! ¿Cómo voy a hacer yo eso?
Los dos fuertes (cantando).
(Dirigiendo la voz en todas las sentidas). - En, en, en!
Todos van a comenzar. Avanzad, Buligón al principio, ya que solo
presenta una respetable apuesta.
Buligón (sin cantar).
(Colocándose en el centro del escenario). - Cuando gustéis!

El pueblo (cantando).

- Esta es la muela que anda sobre sus raíces. Baila, baila!. Te
de hacer sudar antes de ser tus súbditos. Debes de parecer una gran
olla flotante. Oscila, pues. Ahora, una zapateta!. Bríncola!. ¿Qué tal
face?.

(Mientras el pueblo canta baila Bulgipón ya sobre un pie, ya so-
~~bre~~ el otro).

Los tuertos (cantando).

- Maravillosamente!. Bulgipón el magnífico queda triunfador en la
era prueba.

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- Pasad a la segunda, señor Bulgipón.

(Bulgipón intenta pasar su cuerpo por el agujero, pero se lo in-
su joroba. Hace varias tentativas y por fin desiste).

Bulgipón (sin cantar).

- Es el mundo al revés. Que sea inútil el monarca de los joroba-
.... De buena gana los derribaba a todos con mi jiba.

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- El señor Bulgipón queda eliminado.

El pueblo (cantando).

- Dios sea leado!. Ya no seremos súbditos de una muela.

Bulgipón (sin cantar).

- ¿Qué hablan de muela?. Me abruma la vergüenza!.

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- Rey Unmano, acometed las pruebas!.

El pueblo (cantando).

- Mance, rey mance, mance. Eres un dedo índice. Danza con garbo

- Mando, rey mance, mance. Eres un dabo fance. Daba con labe
 - El pueblo (cantando).
 - Rey Urano, escucha las gruebas.
 - Las dos torres-heridas (cantando).
 - ¿Que hablan de mance? M-árrame la veruñal.
 - Belgien (sin cantar).
 - Que sea fance. En un sereno ambiente de mance.
 - El pueblo (cantando).
 - El señor Belgien queda eliminado.
 - Las dos torres-heridas (cantando).
 - De buena gana las derribas a lades con el labe.
 - Es el mance al revés. Que sea fance el mance de las torres.
 - Belgien (sin cantar).
 - Hace varias tentativas y por fin cae.
 - Belgien intenta caer en campo por el mance, pero se le cae.
 - Pasad a la segunda, señor Belgien.
 - Las dos torres-heridas (cantando).
 - Belgien el magallón que se le cae.
 - El señor Belgien.
 - Mando, rey mance, mance. Eres un dabo fance. Daba con labe.

zo solitario. (Unmanó baila ya sobre un pie, ya sobre el otro). Mue-
nueve vivamente esos pies, tú que eres todo una mano indicadora.
la bien?.

Los tuertos (cantando).

- Sí, muy bien. Pasad, rey Unmanó, a la segunda prueba.

(Entretanto, ~~la~~^{la} princesa y Lapoló se miran largamente. Unmanó
la per el agujero).

Los tuertos (cantando).

- El dignísimo Unmanó acaba de vencer en la segunda prueba.

El pueblo (cantando).

- Ay de nosotros!. Triunfará en la tercera?.; Mance y con vista?
á prodigo y bruto.

(Unmanó se cuelga de la anilla con su único braze y no puede co-
la sortija. Al cabo de un rato suelta y se declara vencido).

Unmanó (sin cantar).

- Es un contrasentido!. Disponer de tal modo las cosas que sean
esarios dos brazos!. Es querer enmendar a la Naturaleza misma.

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- Queda también eliminado el señor Unmanó.

El pueblo (cantando).

- Demos gracias a Dios!.; Cómo un mance iba a llevar las riendas
gobierno?. Un rey debe saber coger y dejar a un mismo tiempo y una
no tan sólo no podría hacer más que una cosa de las dos.

Unmanó (sin cantar).

- Yo os prebaría si os cogiese del cuello con qué limpieza y gust-
puedo hacer las dos cosas. Apretaría hasta ahogares y luego os dejaría

damente.

~~Tencontén, ahora toca a vos!~~

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- Ilustre Tencontén, ahora es toca a vos!

El pueblo (cantando).

- Mécete, Tencontén. Balancea tu cuerpo airesamente. Gira. Salu-
Brinca. Ahora salta con la otra pierna. (Tencontén, al intentarlo,
y rueda por el suelo).

Los dos tuertos (cantando).

- El señor Tencontén no ha podido pasar de la primera prueba.

El ~~(cantando)~~ pueblo (cantando).

- Qué alegría, Señor!. No ser mandados por un rey que se pasa la
a haciendo reverencias. Vete a tu reino, Tencontén, a que te den ti-
es de la pierna. A ver si la enderezan.

Tencontén (sin cantar).

- Per mi pierna encogida!. Qué se habrán figurado estos nurguis-
?. Ganas me dan de echaros a patadas.

Los tuertos (cantando).

- No os indignéis, señor!. Debéis saber que el pueblo de los cie-
usa desde tiempos remotos el derecho de criticar y aun insultar al
ha de ser su rey. Así compensa el trato que después ha de sufrir de
Y en cuanto a sus tendencias filarmónicas, ¿quién no conoce la afición
los ciegos a la música?.

Tencontén (sin cantar).

- Que el diablo os lleve a todos!.

Los dos tuertos-heraldos (cantando).

- Os ha llegado el turno, prudente Lapoló.

El pueblo (cantando).

- Baila tú ahora, rey de los hombres que no tienen nada de parti-
ar. Muévete con salero para que si eres rey del pueblo de los ciegos,
os puedan decir que alguna vez bailaste al son que ellos cantaron.
tate, da vueltas, haz piruetas!. ¿Qué tal se las arregla?. (Lapoló

Las dos señoras-hermanas (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos! ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

Las dos señoras (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

Las dos señoras (cantando).

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

Las dos señoras (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

Las dos señoras (cantando).

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

Las dos señoras (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

El pueblo (cantando).

- ¡Mirad! ¡Mirad! Ahora os toca a vos!

la entretanto).

Los tuerfos (cantando).

- Está hecho un bailarín.

Los dos tuerfos-heraldos (cantando).

- Pasad a las otras dos pruebas.

(Lapoló atraviesa el agujero, se cuelga de la anilla y coge la tija. La princesa sonrío).

Los tuerfos (cantando).

- Famoso pueblo de los ciegos, ya tienes rey. Es Lapoló, el novaca de los hombres que no tienen nada de particular. Sólo le diferencia de vosotros el ver con los dos ojos.

El pueblo (cantando).

- Ya es bastante. ¿Qué se puede esperar de un hombre al cual escapan los infinitamente delicados matices de las cosas? Los que ven son fatales. El verle todo demasiado claro quita a la vida toda su belleza. El pueblo de los ciegos cree que serás su verdugo, Lapoló.

Lapoló. (Sin cantar).

- Espero que pronto os convenceréis de lo contrario. Sé que sois unos y es fácil conducirlos.

Los dos tuerfos-heraldos (cantando).

- Famoso pueblo de los ciegos, aclamé a Lapoló como rey tuyo y esposo de la princesa Libelina!

El pueblo (cantando).

- Viva por muchos años Lapoló! Que Dios conceda al rey y a la princesa un feliz y próspero reinado! Viva nuestro monarca!

Tencentén (sin cantar).

- (A la princesa). - Señora, perdonadme que no os felicite. El rey por esposo a un hombre que no es coje....

~~Bailarina (sin cantar)~~

Los martes (cantando).

- Está hecho un bailarín.
Los dos martes-horridos (cantando).

- Pasó a las otras tres personas.

(Lapideo a través de un agujero, se oye a la familia y a los
la princesa (canta)).

Los martes (cantando).

- Famoso hombre de las cosas, ya tiene rey. El lapideo, el ve-
a las personas que se tienen nada de particular. Dale la diferen-
vamos el ver con los ojos.

El martes (cantando).

- Ya es bastante. Que se puede esperar de un hombre ni casi se-
las infinitamente diferentes antes de las cosas. Las que van se-
es. El verde todo bastante claro para a la vida sea en belleza.
de los ojos que van en verdad, lapideo.

Lapideo (sin cantar).

- Espero que pronto se convencerán de la importancia. De que sea
y es fácil encontrar.

Los dos martes-horridos (cantando).

- Famoso hombre de las cosas, volvió a lapideo con rey suyo y
de la princesa lapideo.

El martes (cantando).

- Viva por muchos años lapideo. O sea Dios manda al rey y a la
en un folio y nuestro lapideo. Viva nuestro lapideo.

Famoso (sin cantar).

- (A la princesa) - Señora, perdóname por no ser feliz. El
expuso a mi lapideo que no es feliz.

expuso a mi lapideo que no es feliz

Bulgipón (sin cantar).

- Ni jorobado....

Unmanó (sin cantar).

- Ni, sobre todo, mance.

Lapoló (sin cantar).

- Y añadid que ni ciego.

Tencentén.

- Ese ya es un defecto.

La princesa.

- ¿Y vosotros estáis enteramente persuadidos de que no los tenéis?

Tencentén.

- Enteramente.

La princesa.

- Es asombroso!

Tencentén.

- Y qué es causa asombro?.

La princesa.

- El que no os encontréis defectuosos.

Tencentén.

- Perdonadme, señora, que os diga que sois vosotros los defec-

osos.

La princesa.

- Pero es una locura pretender....

Lapoló.

- Es, en efecto, una extraña pretensión. Se explica, sin embargo.

La princesa.

- Explicádmela vos.

Lapoló.

- A conquistar su mano hemos venido gentes de muy distintos puntos de la Tierra. Cada uno ve el mundo a su manera, a través de sus defectos y de sus cualidades y así es la idea que se forma de él. Pero lo

- A computer, un manu nemos vende gentes de muy diacintos gan-
 de la tierra. Cada uno ve el mundo a su manera, a través de sus de-
 de sus creencias y así es la vida que se forma en él. Pero lo

- Explicámelas vos.
 La Princesa.

- Es, en efecto, una especie prehistórica. Se explica, sin embargo.
 La Princesa.

- Pero es una especie prehistórica.
 La Princesa.

- Bergamote, señora, que es diez que seis veces los otros.
 Teniente.

- Si que me es encantada la golosina.
 La Princesa.

- Y que es como azúcar?
 Teniente.

- La asombra!
 La Princesa.

- Entendamente.
 La Princesa.

- Y vosotros estáis enteramente persuadidos de que no las tenéis?
 Teniente.

- Eso ya es un detalle.
 Teniente.

- Y añadió que ni él se.
 Teniente.

- Ni, sobre todo, a nadie.
 La Princesa (sin cantar).

- Ni tampoco.
 Teniente.

- Ni tampoco.
 Teniente.

sensible es que ninguno quiere reconocer que se equivoca, y desprecia a los que no padecen igual defecto que él. El mundo está así lleno de rencores y de malevolencias porque su ceguera hace a estas gentes ser tolerantes. Esta intransigencia es el origen de todas las discordias humanas.

Bulgipón.

- Y los ciegos no son defectuosos?

Lapoló.

- Sí lo son. Mas reconocen su defecto. Y siendo éste tan grave, les impide progresar. El mal está en cegarse voluntariamente y rechazar con altivez al que pretende auxiliarse a uno para vencer su imperfección. Es necesario confiar en los demás si se quiere hacer algo.

Tencentén.

- Palabras, palabras y palabras!. Ya veo que aduláis a la princesa. En cuanto a mí, marche sin sentimiento. Después de todo, la princesa no cojea.

Bulgipón.

- Y no tiene joroba.

Unmanó.

- Y, sobre todo, que le sobra un brazo.

Lapoló.

- Es muy raro que no hayáis visto esto antes de las pruebas.

Tencentén.

- Sí, lo hemos visto. Pero no reparábamos en que fuera hermosa contrahecha.

Lapoló.

- Ah, vamos!. Os importaban sus riquezas, ¿no es eso?

Tencentén.

- Sí, ese es. Y qué?

Lapoló.

- Nada. Que hay Providencia. Engreídos con vuestro defecto, sólo

Ceniciento

... que no pasan igual defecto que él. El mundo está así lleno
de cosas y de maravillosas porque su existencia hace a estas cosas ser
tantas. Esta inteligencia es el origen de todas las discusiones

Y los eleges no son defectos?
Bulipán.

Si lo son. Mas parecen en defecto. Y siendo éste tan grave,
¿cómo progresar. El mal está en cosas veintidós y veintidós
en sí mismo al que pretendo explicar a una para vencer su imperio.
Es necesario confiar en las demás si se quiere hacer algo.
Tancón.

Palabras, palabras y palabras. Ya ves que adulas a la prin-
ta cuanto a mí, carece sin sentimiento. Después de todo, la prin-
ta es la...

Bulipán.

Y no tiene jerarquía.
Unánime.
Y, sobre todo, que la sermón en frase.
Bulipán.
En sus días de guerra vivía esta antes de las guerras.
Tancón.

Si, lo hemos visto. Pero no repetámoslo en que fuera hermosa
frases.

La, vamos! Oa imitación de ripetas; no es así?
Tancón.

Si, eso es. Y así.
Bulipán.

¡Mala. Que muy frivolidad. Inútiles con vuestra defecto, sólo

guiaba el interés. Aspirabais a conquistar su mano y erais los menos de ella. Os lo tenéis bien merecido.

La princesa (levantándose).

- Dadme el brazo, prudente Lapoló. Ya mañana estaremos casados.

Lapoló.

- Con el alma y la vida!

#(Da el brazo a la princesa y se van. Cada uno de los tuertos se apea a la cabeza de un grupo de gente del pueblo que, agarrados unos a otros, los siguen. Detrás marchan con sus cortejes Tencentén, Bulgipón y Inmanó).

El pueblo (cantando).

- Sean con nuestros soberanos el tino y la sabiduría!. Guiad co- hasta ahora al pueblo de los ciegos!. Que Dios os dé una vida larga y nuestros resignación y calma para aguantaros!. Paso a los reyes!. Cantad, cantad y no desafinéis!.

TELON LENTO.

FIN DE LA COMEDIA.

DIRECCION

Leoncio Urabayen
Yanguas y Miranda, 3-3º.

PAMPLONA

Leoncio Urabayen

Comis. Nacional

FIN DE LA COMEDIA.

DIRECCION
Teatro Nacional
Calle y Miraflores, 2-3
LIMA

TRON LENTO.

... cantad y no desatinad!
... cadenas resignadas y calas para aguantarlas! Pasas a las cosas!
... ahora el pueblo de los ciegos! Que Dios se de una vida larga
... sean con nuestras esperanzas el tino y la sabiduria! dated co-
... El pueblo (cantando).

... las almas. Dadas a merced con sus carnes ferozmente delirantes.
... la cabeza de un grupo de gente del pueblo que, arrastrados por
... # De el brase a la princesa y se van. Cada uno de los trajes se
... - Con el alma y la vida!

... - Dame el brase, grande lapala. Ya mañana entraran casadas.
... la princesa (levantándose).
... de ella. Os lo tenia bien merecido.
... una de las niñas. Aspiro a cond... estar en casa y darle los...

